

Un espacio novelesco

El aldeano de París se publicó en 1926. Por aquel entonces, el Certa que describe Aragon se había trasladado a la calle de Isly, al lado de la place Blanche. Cuando esto ocurrió, los amigos de André Breton se empezaron a reunir en la *brasserie* Cyrano (en el 82, boulevard de Clichy, al lado del Moulin Rouge, en el *arrondissement* XVIII). En el lugar que ocupaba el Cyrano hoy podemos encontrar un Quick, local de comida rápida (*fast food* en lengua internacional). La memoria puede ser fiel y no serlo al mismo tiempo, como bien sabemos. Si uno se mete en internet puede pensarse que el Certa y el Cyrano todavía existen. La *Guía de los mejores brunch* invita al público a venir a tomar un «*brunch* histórico» al Certa, que se encuentra efectivamente en la calle de Isly desde hace mucho tiempo, pero para ello recurre a la descripción que hacía Aragon del primer Certa, aquel del *passage* de l'Ópera. Y hoy podemos encontrar cerca de la place de Clichy, en el XVII, un bistrot que se llama Cyrano, con aire pintoresco y anciano, que una guía gastronómica define como la auténtica «sede de los

surrealistas» de André Breton, Aragon y compañía, la de principios del siglo xx. En resumidas cuentas, es emocionante ver que los bistrot reivindican, deformando ligeramente la realidad, una filiación con Breton y Aragon, cuerpos celestes desaparecidos cuyo resplandor, siempre y cuando le prestemos el ojo, aún puede percibirse en algunas guaridas secretas del universo parisino.

La imaginación funciona como una memoria artificial. Un gran número de cafés actuales nos recuerdan que fueron frecuentadas por escritores, por poetas, por artistas o por pensadores de primera plana. En la Closerie, donde Lenin jugaba al ajedrez, una pequeña placa metálica en la esquina de una mesa recuerda a quien se sienta allí que está ocupando el mismo lugar que Verlaine o Hemingway; la web de Deux Magots recuerda, a su vez, que Mallarmé, Verlaine y Rimbaud paraban a menudo por allí.

Los bistrot están muy presentes en nuestras cabezas, con su peso histórico y los recuerdos personales de cada cual, recientes o antiguos, o incluso recuerdos de lecturas, también las de ficción. Pero la verdadera fuerza de los bistrot reside en que son tremendamente actuales, y aún siguen estando muy presentes en las calles de París —muy cambiados, claro

está (la definición de lo que es bistrot nunca estuvo del todo clara), expuestos a los sobresaltos de la historia y de la ciudad, más o menos sumisos a las maneras y a los humores del momento, pero siempre acogedores para quienes la calle sigue siendo un lugar cuajado de aventuras en potencia, para quienes huyen de una casa para toda la vida, de situaciones absolutamente previsibles y de horarios fijos—.

En definitiva, debemos reconocer que las calles de París, en las que abundan los bistrot, no dejan de ofrecer una oportunidad inmejorable de encontrarnos con personas y, si tenemos el gusto, de mantener con estas relaciones concretas y variadas: algunos (es cuestión de temperamento) quizá prefieran dejarse llevar por el azar, estar a verlas venir, y otros, más intervencionistas, pueden forzar un poco las cosas, entablar una conversación, provocar reacciones a su alrededor. Pero tanto un método como otro proceden de un mismo amor a la calle, al paseo y al contacto, amor que supone al mismo tiempo, y de manera paradójica, un cierto gusto por la soledad.

Dejemos algo claro: entre los clientes regulares de los bistrot, entre los verdaderos aficionados a la barra, hay más solteros o personas que viven solas que casadas o viviendo en pareja, y más hombres que mujeres

(los prejuicios y los estereotipos no desaparecen así como así). Para ser exactos, hay una parte de la clientela que guarda mucha similitud con esos solitarios a los que Aragon se jactaba de pertenecer, esos que precisamente tienen necesidad del espectáculo de los demás para confirmar que existen. Pero esto implica que los cafés y bistrot, lejos de ofrecer solamente refugio a lisiados vitales o a almas con gusto por lo novelesco, también acogen ambos lugares a otro tipo de público —convirtiéndose todos ellos, de manera más o menos consciente y más o menos efímera, en actores o espectadores—. En definitiva, es esta una manera de hacernos a todos un poco más tolerantes, o de que nadie sea del todo indiferente a lo que hacen los demás. Eso sí, con un discreto descaro.

Los otros existen, los he visto. Se encuentran en el bistrot.

De esta manera, estoy seguro de ello, en los bistrot de una estación parisina concurrida como es la estación de Lyon (el Train Bleu, naturalmente, pero también la *brasserie* más modesta de la planta baja, el Montreux Jazz Café), podemos cruzarnos con *flâneurs* sensibles a la pluralidad de las situaciones y a todo lo que transcurre allí: no son ellos los que se marchan ni los que esperan a nadie, pero se entretienen

siguiendo con la mirada los esfuerzos de una joven pareja que intenta calmar en vano la ruidosa desesperación de su criatura, o la insistencia de una señora mayor que verifica por tercera vez que ha guardado su billete en el bolsillo de su levita. No se contentan con mirar u observar, sino que se dejan llevar por el ritmo de las salidas y las llegadas, sumergiéndose intermitentemente en sus pensamientos. ¿Quién sabe? ¿Y si uno de ellos se dejase embrujar y corriera hacia la taquilla, con todas las amarras rotas, para comprar un billete hacia un paradero desconocido?

En este caso, la vida de la estación no hace sino acentuar el ritmo propio de todo bistrot, el ritmo de las llegadas y las salidas, y a veces, si conocemos aunque sea de vista a los protagonistas, los regresos y las despedidas. Este ritmo, que es la esencia de la tensión novelesca, es el que late en el corazón de la gran ciudad.

Novelesco: la palabra puede usarse en muchos sentidos, y los surrealistas se esforzaron en explorarlos todos. Es difícil concebir que una novela pueda ser legible sin ser novelesca, y es que cuenta una historia, con sus imprevistos o sus derivas, con sus personajes o su narrador. Pero la categoría de lo novelesco sobrepasa la definición de la novela. Lo novelesco roza lo maravilloso, adelanta a la psicología, se abre

a lo inesperado de las situaciones, comportamientos y peripecias. Si el bistro es un espacio novelesco es, en primer lugar, porque propone a la imaginación fragmentos de historias que están sucediendo en ese momento, de las que quien quiera puede imaginarse los antecedentes o lo que va a suceder sirviéndose de la lógica o la fantasía. ¿Dónde estarán dentro de un mes estos jóvenes que sonrían, dejando que asome algo de tristeza, y que beben su Coca-Cola con una pajita sin dejar de mirarse? ¿Y dentro de un año? ¿Y qué será de ese viejo hombre solitario que parece mirarlos sin verlos? ¿En qué piensa? ¿Qué momento le traen a la memoria los jóvenes? ¿Dónde se encuentra ahora?

Hay también en la idea de lo novelesco una especie de pasividad asumida: que pase lo que tenga que pasar. Es justamente lo que caracteriza a la aventura, que sorprende a todo el que la vive: uno no se la espera. O más bien uno la espera sin saber qué ocurrirá. El aventurero es todo presunción, suspenso, inducción. Abre la puerta del bistro, por lo que pueda ocurrir, espera a que otra persona abra la puerta a su vez, por lo que pueda ocurrir, y se vuelve a marchar, retomando el curso normal de su existencia, a la espera, por lo que pueda ocurrir, de otra oportunidad para esperar y dejarse sorprender.

Cualquiera que frecuente un bistrót, o incluso si solo va de vez en cuando, posee en cierto sentido un alma de aventurero, y el poder de atracción de los bistrót más concurridos radica en que saben cómo suscitar, o bien cómo hacer que no decaiga, esa expectativa que mueve, y a veces conmueve, a sus clientes. Pero ¿qué ocurre entonces con la otra cara del rito, con la fuerza de la costumbre, con el cómodo refugio, con el confort de la repetición que representaba también el bistrót? Todo esto sigue ahí, pero no es ni más ni menos importante que el gusto por la aventura, y no podemos subestimar su profundidad. Los humanos son pura contradicción; quieren lo mismo y su contrario, alcanzar el puerto y perderse por el ancho mar, volver al hogar y darse media vuelta; son Hestia y Hermes. Por otro lado, está claro que no somos todos iguales, y menos mal: hay personas más sedentarias y otras más nómadas, por ejemplo. El milagro de los bistrót, si es que son milagrosos, es que responden a las necesidades, en un principio, más opuestas. Poco importa que nuestra reacción sea objetivamente ilusoria; que el bistrót no sea verdaderamente un segundo hogar, que la puerta del café no sea a menudo franqueada por una aparición de ensueño, o que vuelva, después del parón, a la rutina diaria: detrás de ese

espejismo hay un deseo, y debemos quedarnos con este último; detrás está el deseo de vida; existe una vida imperecedera siempre cerca, dispuesta, como el Ave Fénix, a renacer, a poco que se la deje, de sus cenizas. Para eso están ahí los bistrot.

Los bistrot son lugares, en el sentido pleno del término: allí, la gestión del espacio es prioritaria y el tiempo es un valor. Algunos no tienen allí ni un minuto para ellos cuando llega la hora punta, mientras que otros disfrutan de un momento de descanso, de la comida o del café, antes de volver a trabajar. En un mundo que solo parece consagrarse a la instantaneidad y la ubicuidad, donde la consigna es alimentarse a toda prisa, engullirlo todo sin pensarlo demasiado, donde las grandes cadenas de alimentación se expanden por todo el planeta, la paradójica existencia de los bistrot puede pasar por una forma de resistencia.

Tomarnos nuestro tiempo, y en nuestro lugar: este eslogan, que definiría bien el ideal del bistrot parisino, tiene a día de hoy algo de provocador. Quizá Aragon lo supiera desde siempre, pero no descarto que uno de sus escritos más revolucionarios haya sido, en definitiva, la carta del Certa, ideada con amor y placer.